

LUCY JANE WOOD

REEMBROJADA

Traducción de:

IRIS MOGOLLÓN Y CRISTINA ZUIL

MAEVA
RED

*Para las chicas que crecieron fascinadas con las brujas y
siempre supieron que la magia estaba en la punta de sus dedos.*



Capítulo uno

ALGO PERVERSO

Una bruja siempre percibirá que está en presencia de otro nacido de la influencia mágica. Antes de que se haga cualquier presentación, antes de que se despliegue cualquier magia real, su subconsciente ya habrá notado su llegada. Primero, la bruja lo sentirá en la piel. Un hormigueo, como el del polvo de picapica o la electricidad estática, le pondrá la carne de gallina hasta provocarle un escalofrío. Notará un cambio en el aire, que se vuelve más cortante, más dulce, casi metálico. Luego llega el olor, distinto, como a tierra, brasas y manzanas de caramelo crujientes, que se combinan en el rico aroma de lo que solo puede describirse como calidez y hogar. Y, sobre todo, la picazón en sus oídos y pulgares avivará las brasas de la intuición como si encendiera una cerilla. El mero sonido de los pasos de una bruja le susurrará que algo se acerca.

Por desgracia para Belle, ese conocimiento tan valioso sobre cómo funcionaban las cosas había resultado, en su mayor parte, inútil, porque a sus veintinueve años, trescientos sesenta y tres días y unas cuantas horas, aún no se había encontrado con ninguna otra bruja. Aparte de su propia madre, por supuesto, y de su abuela, que había cruzado al otro lado hacía unos años. También había recibido una breve, sorprendente y

algo incómoda visita de un par de líderes del aquelarre, que habían pasado por allí el día de su decimoquinto cumpleaños para iniciar el largo proceso de su Obscuración. Sin embargo, Belle apenas recordaba aquello, ya que le había parecido completamente mortificante y pasó la mayor parte de la ceremonia escondida detrás de su pelo, abochornada y deseando que terminara. No había vuelto a tener contacto con el aquelarre desde que le otorgaron sus poderes y se la había dejado a su aire para que explorara las posibilidades de la magia, como era costumbre.

Creecer rodeada de los hechizos pacíficos y bondadosos de su madre como parte de su día a día hizo de la magia una parte intrínseca de su vida. No hubo un gran momento de revelación; siempre estuvo ahí. El torrente de magia que fluía de Bonnie y envolvía a Belle cada vez que estaba cerca de su madre era tan típico que ya apenas se daba cuenta de su impacto.

Hacía tiempo que Belle había dejado de esperar encontrarse con otra bruja. En la actualidad había pocos de su clase y, por lo visto, se volvían aún más escasos con cada generación; ella tampoco tenía intención de buscarlos por su cuenta ni meterse en líos. Vivía tranquila en el mundo no-brujo, y con eso le bastaba.

—Belle, ¿qué te he dicho de las tarjetas de fidelidad? Estás repartiendo cupones sin ton ni son y me estás costando una fortuna.

Violet era una mujer de negocios impecable. Sus trajes caros eran siempre de un suave tono azul o violeta (un hábito de toda la vida que iba acompañado de un llamativo nombre), y su pelo, plateado, siempre arreglado a la perfección, peinado dos veces por semana. Caminaba despacio pero con decisión, apoyada en un elegante bastón de plata, y siempre había sido dueña de una impresionante colección de bufandas *vintage*. En todos sus años de trabajo en Lunar Books, Belle estaba casi segura de que

nunca había visto a Violet llevar la misma bufanda dos veces. Aunque seguía supervisándolo todo, hacía tiempo que Vi había reducido sus visitas a la tienda, yendo solo una o dos veces por semana para pasar un dedo por el polvo, pellizcar las mejillas de todos y asegurarse de que Belle no estuviera haciendo algo tan absurdo como dar dos tarjetas de fidelidad en lugar de una.

—Vi —la llamó Belle por encima del hombro mientras colocaba una pila de novedades en su lugar temporal—, son las dos de la tarde de un jueves y el local está abarrotado. No creo que tengas que preocuparte de que reparta puntos de lectura. —Se puso de puntillas para alcanzar el estante superior, donde había una colección de mitología bastante voluminosa, y luego se abrió paso, con educación, entre la multitud de clientes hacia su jefa.

Violet la miró algo avergonzada mientras le entregaba un par de libros de tapa dura que se habían quedado sueltos.

—Bueno, ya sabes que no me importa, la verdad. Me gustaba bastante cómo los ponías dentro de cada libro, como un pequeño regalo. Pero Christopher dice que muchos pocos hacen un montón...

—Christopher dice muchas cosas —afirmó Belle. Violet levantó las cejas, y Belle se contuvo con cuidado—. Lo cual es genial, me encantan sus propuestas. Por supuesto. —Violet se aclaró la garganta—. Todavía me estoy adaptando a su presencia y a sus cambios.

—Cambios que él dice que deberíamos haber hecho hace tiempo —razonó Violet.

—Sí, es solo que sus sugerencias... Bueno, no es que encajen del todo con la experiencia que todo el mundo viene a buscar a Lunar Books.

—Soy muy consciente de que tenéis ideas diferentes sobre el futuro de este lugar. Pero también sabes que, si por mí fuera, nunca hubiese metido a mi hijo en esto. ¿Qué otra opción me

dejaste? —Violet le lanzó una mirada cargada de significado, levantando una ceja.

Belle suspiró.

—Vamos, Vi, ya hemos hablado de esto mil veces.

—Si dejaras de ser tan egoísta y cumplieras el deseo de esta pobre anciana... —Violet puso cara triste, pero sonrió mientras hojeaba un libro infantil con su preciosa manicura roja.

Belle entrecerró los ojos mirando a su jefa.

—De pobre nada. Eres un peligro andante.

—No sé de qué me hablas. Soy una anciana inocente y enferma que solo desea dejar su preciada tienda en manos de quien más la quiere. Podrías dirigir la librería como quisieras, y yo podría pasarme las tardes en el teatro en lugar de darte la lata cuando se agotan las existencias...

—¿Alguna vez dejarás de insistir? —interrumpió Belle con una mezcla de afecto y fastidio. En el fondo, la conmovía que Violet siguiera tan empeñada en venderle la tienda, después de haber empezado hace ya años su cruzada particular por cederle las riendas de su tesoro máspreciado.

—No hasta que firmemos los papeles. Y lo haremos. —Violet sonrió con un gesto de complicidad, mientras repasaba la mesa de lecturas de otoño y corregía al milímetro el ángulo de un libro.

—No, no lo haremos —la corrigió Belle—. Te lo he dicho un millón de veces: no puedo dirigir este lugar sola.

Pasó por delante del mostrador de roble, y ordenó las tarjetas de felicitación y la pequeña selección de ramos de temporada que había en la zona de la caja registradora. Los ramos, llenos de calabazas en miniatura y colas de liebre oscuras para celebrar la llegada de octubre, tenían un sutil encantamiento *Floresco Bellus* en los tallos que los mantenía frescos de manera sorprendente.

—Oh, ¿otra vez con lo mismo, Belle? No estarías sola. —Esta vez Violet chasqueó la lengua con efusividad—. Tienes a Jim y a Monica aquí de lunes a viernes, y a la chica nueva con ese aro horroroso en la nariz los fines de semana.

—Ya sabes a lo que me refiero. Estoy hablando de tomar las riendas. No suele ser lo mío. Yo más bien... ¿me dejo llevar?

—No he hecho ni una cosa útil por aquí desde que la imprenta se consideraba tecnología moderna. Todas las ideas buenas de los últimos años han sido tuyas.

—Pero sigue siendo tu bebé. Yo solo estoy aquí para asegurarme de que los libros entren, salgan y los clientes estén contentos; eso es todo.

—¿Y qué más hay que hacer? Las dos sabemos que prácticamente diriges el lugar tú sola. Yo ya estoy demasiado mayor para esto; tengo mejores cosas que hacer que recomendar *thrillers* al populacho.

—Los *thrillers* no tienen nada de malo. Eres una esnob, Vi. Y ya me conoces, seguro que lo fastidiaría todo en un par de meses.

—Deja de menospreciarte, por favor. No lo soporto. Eres una mujer muy capaz y con mucha experiencia, y confío en ti a ciegas. Llevas haciendo magia aquí desde hace más tiempo del que puedo recordar. —En ese momento, Belle se atragantó y le dio un ataque de tos, lo que le valió un golpecito en la espalda de Violet—. Sobre todo, porque eso hace que me sienta viejísima. Lo que pasa es que tienes demasiado miedo de arriesgarte y te preocupa en exceso lo que pueda salir mal. —Señaló a Belle con una uña afilada y brillante.

—Se te da muy bien halagarme e insultarme a la vez —murmuró Belle, frunciendo el ceño mientras volvía a su sitio detrás del mostrador.

Violet se apoyó en la encimera de mármol verde y sacó un espejo de bolsillo para colocarse un mechón de pelo en su sitio.

—Es todo un arte. —Juntó los labios con un suave chasquido—. Pero si sigues empeñada en rechazar mi maravillosa oferta, sabes que no me quedará otra que dejar a Christopher a cargo de todo. No confío en extraños para algo así. Si quiero disfrutar de mi jubilación con cruceros de lujo y *personal shoppers*, Lunar tiene que quedar en buenas manos. Y Christopher es la persona adecuada.

—Por supuesto —respondió Belle con calma, respirando hondo para tragarse el orgullo—. Puede que el hombre no distinga un libro de bolsillo de una calabaza, pero de ganancias y pérdidas entiende lo suyo.

Belle esperaba que la música que había puesto aquella mañana bastara para disimular los ruidos que llegaban de la oficina trasera, donde Christopher alternaba entre palabrotas y carcajadas de manera exagerada mientras hablaba por teléfono con un socio. Hizo una mueca al ver cómo un cliente distraído se giraba hacia el alboroto.

Christopher solo parecía entender de ganancias y pérdidas, lo que lo llevaba a tomar decisiones que le partían el corazón a Belle un poco más cada día. En los dos años desde que Violet había decidido dejar el cargo y, aunque a regañadientes, ceder las riendas a su hijo empresario, él había ido desmantelando poco a poco las ideas que Belle había implementado en Lunar desde que había empezado a trabajar allí hacía casi diez años. Lo primero en desaparecer fue su querido carrito de bollería y café, porque Christopher decía que los capuchinos «convertían el lugar en una reunión de madres». Su festival anual de colecta de libros, organizado con otros negocios locales, le provocó una carcajada tan grande que incluso se dio una palmada en la rodilla. Lo más preocupante era que, hace solo unos días, lo escuchó decir en voz alta que las nóminas de los empleados más jóvenes colgaban de un hilo. Aquello fue la gota que colmó el vaso. Decidió hablar con Violet sobre sus cuestionables decisiones, pero

Christopher intervino enseguida, tachándola de exagerada, riéndose del asunto y, como siempre, con su madre comiendo de su mano. Belle se guardó para sí lo mal que estaban las cosas en realidad, como si llevara en el bolsillo una piedra dura y fría.

—De alguna manera, cerré los ojos un segundo y ahora hay un mundo moderno ahí fuera, Belle —dijo Violet—. Yo no puedo evolucionar con los tiempos, pero él se asegurará de que este lugar lo haga.

—Este lugar no debería evolucionar con los tiempos —repuso Belle—. Debería existir en su propia burbuja de confort, apartado por completo del mundo real.

—Ojalá —añadió Violet con nostalgia—. Nos vemos la semana que viene. Te llamaré para hablar sobre las cifras de agosto. —Se inclinó para darle un beso en la mejilla, y dejó su habitual marca de pintalabios magenta, un leve roce de su bigotillo y una ráfaga de su perfume dulce.

—Hasta luego, Vi —dijo Belle con cariño, despidiéndose con la mano mientras la mujer se dirigía hacia el coche de un negro lustroso que la esperaba para llevarla a su casa.

Violet era increíblemente rica tras una vida sobre los escenarios como estrella de teatro, antes de que una lesión en las cuerdas vocales pusiera fin a su carrera y la recuperación la empujase al sanador mundo de los libros. Belle metió las manos en los bolsillos de su delantal vaquero bordado con unas lunas, el logo de la librería, en la parte delantera, y su mente volvió al campo de batalla habitual.

Aceptar la oferta de Violet y comprar Lunar Books siempre le había parecido un sueño demasiado grande. Y cada vez que Violet sacaba el tema y le recordaba la oportunidad que estaba dejando escapar, aún más.

Había demasiadas cosas que podían salir mal. No tenía ni idea de cómo sería el proceso, y sus escasos ahorros eran demasiado valiosos como para arriesgarlos en algo sin garantías de éxito,

por mucho que Violet le hubiera hecho una oferta generosa y sentimental. Además, existía el pequeño detalle de arriesgar un trabajo que adoraba y por el que había luchado tanto, desde sus inicios como empleada de los sábados hasta convertirse en encargada de la librería.

Aun así, se aventuraba a pensar en ello. Todo el tiempo. Se atrevía a imaginarse a sí misma llevándolo a cabo, recompensándose con la valentía que alguna vez guio todas sus decisiones. Sin embargo, nunca encontraba el valor suficiente para encender la mecha, para saber si la explosión sería controlada o desembocaría en un incendio desbocado. Y así transcurría la vida. El volante seguía en unas manos que no eran las suyas, y ella miraba por la ventana mientras la carretera pasaba a toda velocidad.

Una mujer con un cárdigan salmón llegó a la caja mientras hacía malabares con un brazo lleno de libros ilustrados, un rollo de papel de regalo arcoíris y una niña agarrada de su mano derecha.

—Este es precioso, uno de mis favoritos —le dijo Belle a la niña mientras envolvía en papel de estraza el libro que estaba encima de la pila—. ¿Lo has elegido tú? Lo has hecho muy bien. —La niña asintió tímida antes de enterrar la cara en la falda de su madre.

—Gracias por ayudarme a encontrar los libros adecuados. Con esto debería estar entretenida un buen rato. —La señora sonrió agradecida.

—De nada. —Belle contó el total—. Siento no haber podido ayudar más rato. Hoy es un día de locos. Este tiempo hace que todo el mundo quiera acurrucarse con un buen libro.

En ese preciso instante, un relámpago cegador atravesó el cielo morado del atardecer, rompiendo la tenue iluminación que hacía de Lunar un lugar cálido y acogedor, sin importar las condiciones del exterior. Un fuerte trueno lo siguió poco después, tan potente que hizo temblar las ventanas de cristal de la

última planta. La mujer recogió las compras, guardó los libros bajo el jersey y le subió la capucha a la niña antes de salir, a regañadientes, bajo la lluvia.

LA TARDE SE complicó poco a poco. La vida en Lunar, muy apreciada en la zona por su encanto y ese nosequé indefinible, oscilaba de forma caótica entre la calma y la tranquilidad y una afluencia incontrolable. En sus días libres, Belle solía recibir la llamada de un Jim frenético a punto de arrancarse el poco pelo que le quedaba mientras intentaba reponer estantes y atender la caja al mismo tiempo. Su pequeño equipo luchaba por seguir el ritmo de los horarios de Christopher, con demasiadas tareas para tan poco personal.

Mientras cobraba a otro cliente, echó un vistazo a la sección infantil. Como siempre, la habían desvalijado por completo, a pesar del pequeño encantamiento *Libri Liberi Ordino* que Belle había preparado para que los libros y los juguetes volvieran a sus cajas cuando nadie miraba. Era una magia lo bastante segura como para esparcirla por el local, entre las otras invocaciones que había colocado por ahí. Los niños no se preguntaban si los libros ilustrados se guardaban solos y, por supuesto, los adultos nunca se daban cuenta.

La hora de cierre se acercaba tentadora. Mientras Jim y Monica se ocupaban de las cosas pendientes, Belle no daba abasto con una fila de clientes tan implacable como la lluvia que caía fuera. En algún recoveco de su mente, registró el sonido de la campanita de latón sobre la puerta principal que sonaba por millonésima vez ese día. Se frotó los antebrazos mientras se le ponía la piel de gallina con la ráfaga de aire frío que entró por la puerta abierta.

—¿Le gustaría llevarse la Lectura Estelar de esta semana? Es realmente...

Belle sintió que se le cortaba la respiración. Una sensación, como si una ola caliente rompiera en su coronilla, agradable y violenta por igual, le recorrió de pies a cabeza y casi hizo que se tambalease como arrastrada por la corriente. Se agarró al mostrador para no perder el equilibrio. Si no supiera lo que se decía, habría dicho... Bueno, habría dicho que era magia.

—¿Se encuentra bien? —Un cliente la miró preocupado.

Belle tragó saliva con fuerza y luego hizo un gesto con las manos, quitándole importancia.

—Oh, sí, sí. Lo siento, estoy un poco mareada. Significa que ya toca otro café.

Se rio mientras trataba de recomponerse, ignorando la intensa sensación que había aparecido por un instante para desaparecer al siguiente. El día se hacía largo. Deslizó la pila de libros vendidos en una bolsa con una sonrisa apresurada y tensa que Violet no habría considerado propia del servicio de Lunar, y llamó al siguiente cliente.

El hombre que esperaba al otro lado del mostrador la sorprendió. Primero se fijó en su estatura, tan alto hasta resultar un poco imponente. Y era —no pudo evitar reconocerlo— extremadamente guapo. El tipo de guapo que haría que se lo contase a Ariadne en cuanto llegara a casa y que se preguntase al instante por qué no se había peinado mejor aquella mañana. Llevaba pantalones con cinturón, una camisa color óxido metida por dentro sobre una camiseta blanca y gafas redondas con montura de alambre que se quitó al cruzarse sus miradas. Las guardó en el bolsillo interior de un largo abrigo de cuero negro que le colgaba de los anchísimos hombros, y un mechón de pelo rizado oscuro y despeinado que le llegaba a los hombros cayó sobre sus ojos cuando bajó la mirada. Un anillo de plata con una piedra ámbar destelló en su pulgar al recolocarlo; luego apoyó una mano en el mostrador y se inclinó un poco hacia ella.

Belle se obligó a romper el contacto visual al momento, incapaz de mantenerlo mientras se sonrojaba.

—Me preguntaba si podrías ayudarme. —Hablaba con una voz profunda y melosa, como de caramelo quemado, con un ligero acento londinense—. Estoy buscando algo bastante específico. Algo un poco especial.

Belle se sonrojó tanto que hasta le empezaron a arder las orejas. Una extraña sensación punzante le recorrió las yemas de los dedos cuando los apoyó en el mostrador, y luego cuando los metió en los bolsillos, por lo que al final optó por agarrar un bolígrafo, y salpicó el mostrador de tinta.

—Lo siento, lo siento. —Se apresuró a limpiarlo con el extremo de su manga—. Suena interesante. ¿Cómo de especial es? ¿Se trata de un regalo?

Las comisuras de su boca se alzaron casi de manera imperceptible.

—*Es un regalo.*

Belle intentó recomponerse rápido, avergonzada por su propia torpeza.

—Genial. Me parece genial. Podrías echar un vistazo a nuestra sección de Ediciones Especiales, hay algunos ejemplares firmados que podrían ser regalos estupendos. También tenemos títulos populares maravillosos en la mesa de Lecturas Estelares si buscas algo más reciente...

—*Malleus Maleficarum.*

La cara de Belle palideció, pasando del rojo al blanco en un segundo. Debía de haber oído mal.

—Lo siento, ha sido un día largo, creo que me estoy volviendo loca. Lo cual es bueno. —Se rio con disimulo, sacudiendo la cabeza para despejarse—. ¿Cómo has dicho?

—*Malleus Maleficarum.* No digo que esté de acuerdo con el mensaje, por supuesto —reflexionó—, con eso de que la magia

es mala o está mal. Pero rastrear brujas es un concepto interesante, ¿no crees?

Belle parpadeó. *Malleus Maleficarum*: el texto más famoso de la historia sobre los orígenes de la brujería; la infame guía del cazador de brujas sobre cómo detectar a una de ellas.

Una coincidencia. Tenía que serlo. Pero entonces lo sintió, como si un interruptor hubiera activado una intuición en su interior. Se obligó a establecer contacto visual con el hombre de nuevo y fue instantáneo. Su piel sucumbió por completo a la electricidad estática. Un sabor metálico le inundó la lengua. Él apoyó los antebrazos en el mostrador, entrelazando los dedos, y un aroma dulce a humo de hoguera especiada la golpeó. Belle vio cómo los músculos de la mandíbula del hombre se tensaban apenas un instante, con el atisbo de una sonrisa cómplice. Entonces lo supo, tan segura como de su propio nombre.

Un hechicero.

Jim dejó caer una enorme caja de cartón llena de libros de tapa dura detrás del mostrador con un golpe seco, y Belle volvió de repente a la realidad.

—Haz como si no estuviera —dijo Jim, regresando tranquilo hacia la cocinita, silbando en un tono demasiado agudo.

—Interesante elección. —Belle soltó una risa incómoda y forzada, se recogió un mechón de pelo detrás de la oreja y, sin razón aparente, le hizo un gesto de pistolas con los dedos al hombre que tenía enfrente. El pánico había tomado el control absoluto de su cuerpo—. Me temo que no es algo que tengamos en el inventario. Una pena. Lo siento, gracias por venir.

—Sí, una verdadera pena —repitió el hombre.

Entonces notó que él estaba presionando su lengua contra una mejilla, formando un hoyuelo profundo en la otra. El hombre levantó las cejas con complicidad, como si esperase que lo entendiera. Le hizo señas para que se inclinase sobre el mostrador, y le susurró a escasos centímetros del cuello:

—Lo intenté en la biblioteca de la Casa de Hécate, pero parece que todas sus ediciones están prestadas. Me dijeron que preguntara a Belladonna Blackthorn, que estaría encantada de dejarme su ejemplar.

Nadie la llamaba Belladonna. Odiaba con todo su ser su nombre completo de bruja, siempre había sido así. Tanto que ni su madre lo usaba ya; lo reservaba solo para cuando estaba en contra de alguna de las decisiones importantes de Belle.

El mundo giraba a cámara lenta, pero ella consiguió esbozar una sonrisa que rozaba lo profesional. Su primer y único pensamiento fue apartar a ese hombre de la vista de los clientes. Había dedicado toda su vida a protegerse de una situación como esa, del momento en que su magia saliera a la luz ante el mundo no-brujo, después de todo lo que había hecho para mantenerla oculta.

Monica le lanzó a Belle una mirada inquisitiva desde el otro lado de la sala, preguntándole en silencio si todo iba bien mientras la fila detrás del hombre empezaba a crecer.

—Claro, por supuesto. —Hizo el gesto de disparar con los dedos otra vez—. Qué cabeza la mía, está por aquí, al fondo... Por aquí, por favor. Si me sigues...

Le lanzó al hombre una mirada desesperada, dio media vuelta y, en silencio, suplicó piedad a cualquier fuerza que pudiera estar observando. Cualquier cosa para evitar el tema de esa conversación.

Belle le hizo un gesto a Monica para que ocupara su lugar y se fue directa a la trastienda, que estaba mal iluminada y llena de cajas apiladas a lo loco y figuras recortadas de antiguos escaparates. Apartó a toda prisa un gran dragón de cartón e hizo señas al hombre para que la siguiera lejos de los clientes. Sobre todo, del pequeño grupo de mujeres que, desde que entró en Lunar Books, habían estado merodeando con disimulo a su

alrededor, observando cada uno de sus movimientos como si fuera el último trozo de tarta. El hombre la seguía con diligencia, pero con una obvia sonrisa pícaro, caminando despreocupado tras ella y con las manos entrelazadas a la espalda.

Tiró del cable de la luz de la trastienda, apartó de una patada una caja pesada y, tras echar un vistazo angustiado a la tienda para asegurarse de que Christopher no estaba a la vista, cerró de un portazo tras ellos. Por suerte, el miedo que la consumía había dejado poco espacio para la vergüenza, aunque se encontraba cara a cara con un completo desconocido, en una proximidad bastante incómoda.

—Qué acogedor —dijo él, con un destello travieso en los ojos.

—¿Quién eres? ¿Qué está pasando? —preguntó Belle, en voz baja pero furiosa. Ya había sacado alguna conclusión. Pensó que su llegada solo podía traer una selección limitada de malas noticias—. ¿Es por mi madre?

—¿Qué? No, claro que no. Nada de eso —respondió él al instante.

Belle sintió que la tensión en sus hombros comenzaba a relajarse.

—Me ha enviado el aquelarre —continuó él, mirándola desde arriba con el ceño fruncido. Siempre había sido bastante alta, por lo que rara vez se sentía la más baja del lugar.

—Eso ya lo había deducido por tu divertida presentación —respondió ella cortante, con el corazón a punto de reventar por el estrés.

—No pretendía ser gracioso. Más bien misterioso; quizá seductor —apuntó él, divertido por la situación. Cruzó los brazos y se recostó contra una estantería llena de mapas de la Ordnance Survey.

—Pero Selcouth nunca había enviado a nadie. De hecho, ni siquiera ha intentado comunicarse conmigo en casi quince años de brujería. ¿He hecho algo mal? ¿Me he metido en problemas?

—¿En problemas? Eso dímelo tú. —Sonrió. Parecía divertirse al verla al borde del colapso.

Belle le lanzó una mirada de indiferencia, antes de volver a comprobar con un vistazo apurado por la puerta si su jefe andaba cerca.

—Por si no te has dado cuenta, estoy trabajando —sentenció, con la voz cada vez más aguda—. Y si mi jefe me encuentra aquí con un cliente, más me vale despedirme de mi vida ahora mismo. No tengo tiempo para lo que sea en lo que estás metido.

La cara del hombre cambió y puso los ojos en blanco ante la negativa de Belle a seguirle el juego.

—Vaya, qué aburrida eres. No estoy «metido» en nada. ¿Te parezco alguien que se mete en lo que no le incumbe? —dijo él, molesto—. Mira, has estado ignorando nuestra correspondencia. —Su voz se suavizó un poco, y sonó algo más seria—. Sabes que no puedes hacer eso...

—¿Correspondencia? —interrumpió Belle.

El hombre levantó una ceja.

—Claro. ¿La carta de cumpleaños? Si el aquelarre se digna a ponerse en contacto contigo antes de que completes tu Obscuración, algo que rara vez sucede, te toca afrontarlo. No puedes huir de los problemas mágicos, por mucho que...

—¡Vale, vale, perdón! —Levantó una mano para detenerlo y, en aquel espacio reducido, rozó su abrigo—. Por si no ha quedado claro que estoy a punto de explotar, no tengo ni idea de qué me estás hablando.

—La carta —repitió con impaciencia—. En serio, deberías estar un poco más agradecida. En vez de venir a comprobar qué pasaba contigo podría haber hecho llover fuego infernal para llamar tu atención. Según tu expediente, vives con alguien que no es bruja, así que el fuego infernal habría sido un poco... cantoso. Primero me ignoras y ahora esto.

—No estoy ignorando nada —dijo ella, exasperada, empezando a encontrar su actitud irritante sobremanera, en especial por la falta de respuestas—. ¿De qué me estás hablando?

Su expresión cambió, y levantó una ceja en señal de duda.

—¿No la has recibido?

Belle parpadeó.

—¿Un sobre negro? ¿Con bordes dorados? ¿Con un hechizo de presencia consciente? ¿Con capacidad para colocarse frente a ti cuando lo ignoras? —enumeró.

—No me suena de nada. Tal vez tu hechizo no funciona.

—¿Qué?

—Solo estoy diciendo —se encogió de hombros—, que no me ha llegado nada.

Parpadeó, incrédulo.

—Es un hechizo tradicional de *Vocare Attentio*, creado específicamente para la comunicación entre aquelarres. Se ha usado desde la época medieval. Claro que funciona.

—Siento decírtelo, pero vuestro hechizo no parece muy fiable. No he visto nada.

El hombre se acarició la mandíbula, cuadrada y afilada, tan exasperado como ella.

—Ah, claro, debe de ser culpa de un hechizo milenario y casi infalible que ha lanzado el respetado aquelarre del Reino Unido. Porque, obviamente, una bruja tan organizada y meticulosa como tú jamás perdería una carta mágica importante. Sí, se nota que lo tienes todo bajo control. Una gestión impecable. —Hizo un gesto con la cabeza, lleno de escepticismo, señalando las montañas de libros apilados en cada rincón de las estanterías del pequeño y caótico armario, todo cubierto además por recibos esparcidos, revistas literarias, boletines comerciales, puntos de lectura y bolsas de la compra.

—¿Sabes? —respondió ella, colocándose las manos en las caderas—, eres muy maleducado para tratarse de alguien que,

al parecer, representa al «respetado aquelarre del Reino Unido» en una rara y honorífica visita. Y sin invitación, debo añadir.

—Selcouth no espera invitación.

—De verdad, estoy intentando no perder los nervios ahora mismo. Podrías ser un poco más comprensivo.

Se quedaron mirándose fijamente en un duelo silencioso por aguantar el último.

—Perdona —dijo al final el hombre entre dientes.

Belle se relajó un poco.

—Entonces, esta carta, si es que existe... ¿qué pasa con ella?

—No puedo decírtelo —declaró él encogiéndose de hombros—. Tienes que leerla tú misma. Así no habrá forma de que puedas negar que lo sabes. A lo largo de los años, demasiadas brujas, hechiceros y practicantes de la magia han fingido no saber nada del juicio. Seguro que lo entiendes —añadió con formalidad, girando distraído el anillo de plata que llevaba en el pulgar mientras la observaba.

—¿Juicio?

Los ojos del hombre se abrieron de par en par por un instante, pero enseguida recuperó su actitud despreocupada.

—Haz como si no hubiera dicho eso.

Belle inspiró hondo, tratando de mantener la calma. Se cruzó de brazos para imitar su postura.

—A ver si lo he entendido bien. Entras aquí, a mi trabajo y a mi vida entre gente no-bruja, y arriesgas toda mi existencia solo para decirme, en exclusiva, que tengo que encontrar una carta muy importante. Te respondo que no la he recibido y, en lugar de darme otro sobre o simplemente decirme qué pone, vas y me contestas, otra vez, que lea la carta.

Si Belle no fuera más lista, habría jurado que la parte superior de sus pómulos se sonrojó. Su frialdad vaciló apenas un instante y una arruga de frustración apareció entre sus cejas.

—Estás haciendo que esto parezca mucho más absurdo de lo que me pareció de camino desde la Casa de Hécate.

—Oh, para nada, ha sido un placer. Muchas gracias por tu visita: misterio, encanto, ausencia de llamas infernales, etc. Ahora bien, por muy fascinante que haya sido esta conversación, ¿puedes irte antes de que alguien se dé cuenta de que, por alguna razón completamente absurda, estoy discutiendo de forma sospechosa con un cliente en el almacén?

Sonrió con suficiencia, como si intentara contener una sonrisa de verdad. Belle notó cómo se formaban finas arrugas en las comisuras de sus ojos oscuros.

—Pero si me lo estoy pasando en grande. Además, me esforcé mucho en crear el ambiente.

Entonces, Belle cayó en la cuenta.

—Espera... ¿esta tormenta también es cosa tuya?

Él se metió las manos en los bolsillos, algo incómodo de repente.

—Puede que sí. ¿No te gusta?

—Me he olvidado el paraguas y tengo que irme a casa andando cuando termine mi turno, así que no.

Agarró el pomo de la puerta, ansiosa por salir de aquel espacio cerrado y alejarse de la irritante arrogancia de ese hombre.

—¿Algo más?

Suspiró, igual de indiferente.

—No es que esta visita haya sido especialmente acogedora hasta ahora, pero pensándolo mejor...

Chasqueó los dedos pulgar y corazón de la mano derecha. En un abrir y cerrar de ojos, un sobre negro apareció entre los dedos, seguido de una nube de chispas doradas.

—Por ahorrarme un segundo viaje, más que nada.

Le tendió el sobre.

—Léelo. No lo ignores esta vez.

—Ya te he dicho que no he ignorado nada.

Belle tomó la carta de su mano con un gesto firme.

—Gracias —añadió con sequedad, dándole la vuelta al papel—. ¿Algo más?

—La verdad es que sí. ¿Me podrías recomendar alguna lectura para la playa? Algo ligero, divertido y un poco picante —preguntó, con una sonrisa tan amplia que casi le partía la cara en dos, y delataba lo mucho que disfrutaba robándole el tiempo.

Belle lo fulminó con la mirada. A regañadientes, se metió la carta en el bolsillo del delantal para leerla cuando no hubiera una fila de cinco personas que requiriera su atención inmediata. ¿Cómo de mala podía ser una carta? Si fuera urgente, llamarían. ¿Acaso los aquelarres llamaban?

Le apuntó con el dedo.

—No pases de la oficina. Si Christopher ve a un cliente saliendo del almacén, me va a hacer la vida imposible. Sígueme, pero no ahora. Dentro de un minuto.

Las instrucciones parecieron divertirlo mucho, pues le dedicó un pequeño saludo militar. Belle, sin mirar atrás, abrió de golpe la puerta del almacén, se sacudió el delantal y salió a paso rápido hacia la caja. El hombre esperó un momento y la observó alejarse antes de hacer lo mismo, agachando la cabeza para no darse con el marco de la puerta.

Un rato después, con la fila bajo control, Belle volvió al fondo de la tienda, con los brazos llenos de libros. Sorprendida, se detuvo. Allí estaba él, aún merodeando entre las sombras de las estanterías de Clásicos y Contemporáneos, con sus brazos largos y el cabello desordenado. Él lanzó una mirada disimulada en su dirección y, al cruzarse sus ojos, volvió a posarlos en el libro que tenía entre las manos, como si lo hubieran pillado haciendo algo malo.

Belle se llevó las manos a las caderas.

—¿Todavía estás aquí?

—¿Es que ya no se puede disfrutar de un buen paseo por una librería para echar un vistazo? ¿Vengo hasta aquí y no me vas a dejar aprovechar las ofertas?

—Claro, puedes echar un vistazo. De hecho... —Le hizo un gesto para que esperase mientras se acercaba a un rincón cercano. Regresó y se lo encontró con una mirada intrigada—. Una recomendación personal. Esto sería perfecto como próxima lectura —dijo con una sonrisa empalagosa, y su sugerencia apretada contra el pecho. Notó un destello en la esquina de su boca, como si estuviera satisfecho consigo mismo por habérsela ganado.

125 trucos de magia para jóvenes magos. ¡Con regalos gratis para impresionar a tus amigos!

—Puede que incluso haya algo ahí que mejore tu hechicito del sobre.

Se miraron a los ojos: él con una mezcla de furia y diversión; ella completamente indignada. Esta vez, Belle aguantó, decidida a no ceder ante su mirada.

—Por favor, no vuelvas por aquí —dijo ella—. O al menos avísame la próxima vez, así puedo huir antes del país.

—Disculpe, ¿trabaja usted aquí?

Belle cambió su expresión en un segundo, sonriendo amable mientras se giraba hacia una señora con gafas que se acercaba con una pila de libros románticos de portadas con muchos colores.

—Sí, claro. ¿Necesita ayuda? Vamos a ponerlos en una cesta.

Mientras guiaba a la mujer hacia la caja, recitando nombres de autores, Belle no pudo evitar notar un movimiento con el rabillo del ojo. Solo quedaron unas leves chispas doradas, que se desvanecían entre las estanterías, y ese olor a humo de hoguera chisporroteante que revolucionó de nuevo sus sentidos. En el caos de su llegada, había olvidado hasta preguntarle su nombre. Probablemente algo tan ridículo como él. ¿Gandalf? Por suerte, dudaba mucho que se fuera a convertir en un cliente habitual de Lunar Books.